



NIÑOS Y BESTIAS

ÁLVARO DEL AMO



ILUSTRACIONES
FUENCISLA DEL AMO
FRANCISCO SOLÉ

Lectulandia

Niños y bestias está formado por ocho enigmáticos relatos que, curiosamente y de forma inversa a la acostumbrada, fueron creados a partir de las ilustraciones que los acompañan. Así pues, la lectura de estas páginas, por las que pululan buitres, hipopótamos, moscas, gorilas, niños, cocodrilos, lechuzas e incluso «suricatos», está ineludiblemente ligada a la contemplación de las imágenes, creando un pequeño bestiario que atrae y repele a la vez, siempre inquietante y lleno de fantasía.

Álvaro del Amo

Niños y bestias

ePub r1.0

Titivillus 27-01-2024

Título original: *Niños y bestias*
Álvaro del Amo, 1992
Ilustraciones: Fuencisla del Amo & Francisco Solé
Colección: Las Tres Edades, n.º 14

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:

SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,

CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA

Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.

¿QUÉ COSA ES?

Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.



La fiesta y el festín



e aburres? —preguntó el buitre.

—No —respondió la niña.

El buitre había dejado un festín para visitar a su amiga, que llevaba, desde que empezó la primavera, un traje nuevo en cada fiesta.

El buitre renunciaba con gusto a devorar los cuerpos gordos y jugosos de una vaca y su ternera, muertas de frío al cruzar el valle, siempre que la niña le recibiera con amabilidad.

«No he venido hasta aquí, cambiando una carroña sangrienta, riquísima, por este diván de terciopelo negro, para contemplar como un pasmarote el pliegue de los labios de mi amiga. Si no me habla, emprendo el vuelo, a ver si mis compañeros, buitres sensatos que no tienen amigas de pelo largo y gesto mohíno, no se han zampado del todo la vaca y la ternera. Todavía soy joven y necesito masticar alguna piltrafa tierna, no me contento con triturar unos huesos mondos y secos».

Así pensaba el buitre cuando la niña alzó el brazo izquierdo que mantenía apoyado sobre su falda azul, para acariciar, delicadamente, una pluma del ala del buitre.

La niña dijo, con voz suave:

—¿Cuándo me vas a dar una de tus plumas para adornar mi sombrero?

El buitre sonrió. Prefería ver a su amiga coqueta y cruel que triste y hosca. Sabía que cuando la niña se encaprichaba de alguno de sus atributos de animal salvaje, su humor de adolescente antipática mejoraba. «Un día voy a tener que entregarle mi vida para complacerla», había pensado el buitre más de una vez.

Desde que iniciaron su amistad, la niña manifestaba, con su vocecita dulce, diversos antojos. Un día le confesó que sus garras quedarían preciosas como pie de una lámpara. Otro día, mientras charlaban en la biblioteca, ella

señaló el retrato de un abuelo olvidado, imaginando lo bien que luciría en esa pared el cuerpo disecado del pajarraco con las alas desplegadas. En distintas ocasiones, la jovencita había previsto usos variados para el pico del buitre, que sería una preciosa empuñadura para un bastón, un original picaporte, un eficaz cascanueces, o el gracioso remate de un perchero. La cabeza del ave de presa parecía reservarla como recipiente para reunir erguidos lápices y plumas, o, mejor aún, una idea reciente que la niña no había confesado a su amigo: «Tu cabeza, forrada de guata mullida de color rojo y rematada por una tapita con cierre de plata, me encantaría conservarla como joyero. Cuando me case, quiero tener un collar de perlas hasta el suelo, un broche de amatista y unos pendientes con enormes esmeraldas».

El buitre, animoso, aliviado por no haber hecho el viaje en balde, renunciando por nada al banquete de la vaca y la ternera heladas, respondió a la niña como ella esperaba.

—Ya sabes que mis plumas están a tu disposición. ¿Cómo es el sombrero?

La niña presumida hablaba como una señorita frívola.

—Esta primavera se van a llevar las plumas. Yo tengo, como comprenderás, muchos sombreros. Tu pluma le va a uno verde, como un casquete de raso. Sería la envidia de todas, la admiración de todos. María Eulalia se presentó en el baile de ayer con una gran pluma de cuervo, causando sensación.

El buitre sentía una gran curiosidad por el alma femenina. Disfrutaba indagando en sus recovecos, en sus resortes. Entre los suyos, presumía de adivinar las reacciones de su amiguita. Los suyos, buitres severos con buen apetito, no perdían la esperanza de que cualquier tarde se presentara volando con la damisela entre las garras. Entre todos, la devorarían en un santiamén, consiguiendo a la vez una sabrosa merienda y liberar al pobre buitre de una amistad que, según los demás buitres, sólo le acarreaba disgustos.

La niña se volvió a callar y el pájaro no quería impacientarse; decidió indagar directamente, sin rodeos.

—¿A cuántas fiestas has asistido ya?

—A diez, lo menos.

—Y te faltan...

—He llegado apenas a la mitad.

—¿Y el balance?

—¿Qué dices?

—El resultado.

—Pobre.

- ¿Sí?
- Desconcertante.
- ¿A pesar de los sombreros?
- Confuso.
- ¿Por qué?
- ¿Te importa de verdad?

La niña, antes de cualquier confidencia, requería la atención del interlocutor, exigiendo interés. El buitre ya no se molestaba en confirmar su aprecio por los secretos de su amiga. Le parecía que su presencia sobre el diván de terciopelo negro demostraba sin lugar a dudas abnegación y disponibilidad.

- La niña continuó.
- No sé qué hacer.
- ¿Por?
- Me gustan tres chicos.
- Enhorabuena.
- No te rías de mí.
- Nunca me atrevería.
- Por razones distintas.
- ¿Te hacen caso?
- Naturalmente.
- Tu seguridad me admira.
- Soy una niña monísima, ¿o no?
- Supongo que sí.
- ¿No te gusto?

—No sé muy bien lo que es gustar. Es una pregunta arriesgada para hacérsela a un buitre. Cualquiera de mis hermanos, para despejar el enigma, tendría que probarte. Sólo después de arrancarte un dedo o una oreja, de masticar una ración de pantorrilla, sabrían si les gustas o no. Yo, como sabes, no voy a hacer tal cosa.

- Eres un animal.
- Sin la menor duda. Háblame de tus enamorados.
- ¿Cómo explicártelo?

—También los buitres tenemos nuestras preferencias. Somos capaces de elegir. A mí, por ejemplo, me gustan particularmente los corderos recién nacidos; también los gorriones y los lagartos. Las perdices se me indigestan y estoy dispuesto a pasar hambre antes de rebañar un despojo de mula, de perro o de ratón.

La niña, animada por la sincera explicación de la dieta del ave carroñera, se incorporó, besó rápidamente al buitre entre los ojos y, colocando cariñosamente dos dedos sobre una garra, resumió en un párrafo su vida de muchacha que pronto va a presentarse en sociedad.

—Soy partidaria de suprimir el carnet de baile. Entrás en el salón y una tromba de jovenzuelos te rodea, rogándote que les reserves a uno la polca, el vals a otro, el charlestón al de más allá. Tú, atropellada, nerviosa, vas apuntando los nombres de cada uno y tu papel en la fiesta se limita a obedecer la lista del cuadernito. El primer día fue más divertido. «Soy Fulano», «Soy Mengano», «Soy Zutano», anunciaban los caballeros, yo me levantaba de la silla para adelantarme a la pista y bailar aplicadamente (confieso que sin hacer mucho caso a lo que las sucesivas parejas me iban contando). Me importaba sobre todo dar bien los pasos, zapatear con exactitud, soltarme con agilidad, girar para encontrarme de nuevo frente al chico que, en el *rock and roll*, comprobé en seguida que pretendía lucirse. Procuro hacer bien las cosas y si me había embarcado en un apretado programa de fiestas, que acabarán en lo que se entiende por puesta de largo, me parece obligado bailar estupendamente. A partir del cuarto festejo, el número de nombres en el carnet fue reduciéndose. De momento, me desanimé, creyendo que mi cotización decaía. Temí que me encontraran fea o sosa, aburrida o callada, irremediablemente estúpida o intolerablemente sabihonda. Luego adiviné que se trataba de un complot, de un pacto. Es injusto que los chicos monopolicen la iniciativa. Son ellos los que solicitan este o aquel baile, y nunca al revés. Tú puedes conceder o no el *twist* a Curro, pero se te niega la facultad de marcarte un tango con Fidel. El privilegio tiene sus consecuencias. Se ponen de acuerdo y cada chica se convierte en el premio de una rifa. Nos reparten como si fuéramos cromos o golosinas, estampas o canicas. Después de las primeras fiestas, el carnet de baile de cada una se rellena con unos pocos nombres. Tres o cuatro muchachos, que competirán por agradarte. Los demás se excluyen voluntariamente de tu atención, sin importarles lo que nosotras pensemos. Si en el salón pululan no menos de medio centenar de hombrecitos, debemos contentarnos con los escasos candidatos que figuran en la libreta. Marta ha decidido quedarse en casa; no podía soportar el trío de bailarines que le había tocado en suerte. Carmen ha optado por no aceptar, entre la media docena que el capricho masculino le adjudicara, más que a Ramón, negándose a compartir la danza y a dirigir la palabra a los demás. Mi caso es quizá más grave. A mí me gustan, como te decía, los tres. El reparto me ha adjudicado a Roberto, guapo y tranquilo, a Alberto, listo y ágil, a

Rigoberto, comprensivo y firme. Aprecio las cualidades de cada uno. La fiesta de anoche fue, sin exagerar, un tormento. ¿Tú sabes lo que es que te pongan delante tres sombreros, por ejemplo, a cuál más elegante, uno tras otro, y te obliguen a quedarte sólo con uno?

La niña hizo una pausa en la exposición de sus cuitas.

El buitre, por simpatía a su amiga, intentaba, con un gran esfuerzo de su alma de alimaña, ponerse en su lugar. Preguntó, a su vez:

—¿Quién te obliga a elegir?

La niña, antes de responder, se permitió una breve reflexión en voz alta.

—Sufro las consecuencias de mi buena suerte. A mi alrededor, pululan tres ejemplares de lo mejorcito. Mi abuela me decía que la elección de marido se parece mucho a la prospección minera. Montes que horadar, terruños que excavar, galerías en las que perderse, rocas que brillan y no valen nada difíciles de distinguir de la piedra preciosa agazapada entre el barro pestilente y las raíces retorcidas. Yo no he tenido que sufrir todo eso. Se me ha concedido el privilegio de decidir sentada en la fría elegancia de una joyería, sin necesidad de mancharme y fatigarme en el túnel de una mina. Renunciaría con gusto a tanta suerte. Vale más tratar a un sinfín de idiotas, conocer la decepción al comprobar que unos preciosos ojos negros van a menudo acompañados de una charla soporífera, descubrir que la mirada bizca y el pelo de rata esconden una inteligencia luminosa o un corazón de oro. Yo me he encontrado con la criba hecha, debo apechugar con los tres primeros. Y me parece prematuro decidir, a mis pocos años el compañero de toda mi vida.

El buitre repitió su pregunta:

—¿Quién te obliga a elegir?

La niña puso cara de resignación. Su mohín, a veces algo contraído, parecía una rayita insignificante, como una arruga minúscula. En su voz había una tristeza tenue y soñolienta, que conmovió a su visitante.

—Me obliga a elegir el diván de terciopelo negro sobre el que apoyas tus garras.

El buitre sintió un escalofrío y estuvo a punto de emprender el vuelo, rechazado por la bonita peana que lo sostenía, súbitamente hostil.

La niña continuó, explicando su extraña respuesta.

—Entiéndeme. Me obliga el diván como me obliga todo lo demás. No puedo quedarme en casa indefinidamente. Si no asisto a las fiestas, acepto el sistema del carnet, bailo con los petimetres que me adjudique el cónclave de señoritos, y demuestro con mayor o menor claridad que me inclino por éste o por aquél, no puedo aspirar a vivir en sociedad. Imagínate que tú, por lo que

sea, te apartas de tu manada (si es que llamáis manada a la agrupación de buitres) y te declaras independiente; te expulsarían de la compañía de los tuyos, obligado a buscar solo alimento y cobijo. Yo, igual. Tu destino es compartir carne muerta rodeado de buitres, yo, también carnívora, debo casarme y vivir en compañía de un hombre fácil de tratar. Solos los dos, tú en un frío picacho, yo en cuartos desapacibles, sin carroña ni nadie con quien hablar, acabaríamos prematuramente desesperados. Te debes a los tuyos, aunque de ellos te distingas por tu sensible cerebro y mi amistad. También yo debo ser obediente, y acudir cada noche a una nueva fiesta idéntica a la de ayer y a la de mañana, mostrarme deferente con Roberto, Alberto o Rigoberto, para, cuando cumpla la siguiente etapa, ser presentada oficialmente en sociedad, llevar a mi lado algo parecido a una pareja. Y no sé por cuál de los tres decidirme.

El buitre echó a volar. Recorrió el salón moviendo pausadamente sus amplias alas color cobre. La niña sabía que su amigo necesitaba recorrer el aire con lentitud concentrada, para meditar. Cuando el gran pájaro se posó de nuevo sobre el diván de terciopelo negro, ya tenía una solución al dilema de la jovencita. Dijo el buitre:

—A mí me parece que debes poner a prueba a tus pretendientes. Por lo que me cuentas, te va a costar mucho decidirte. Preferir a uno, a otro, o a otro, simplemente por lo que despierten en ti en la velocidad de una danza que deja paso a otra danza, es una tarea difícilísima. Si te aman, te quieren, les gustas, tu cara y tu cuerpo se dibuja como objeto principal de sus desvelos, etcétera, etcétera, están obligados a demostrarlo. No es suficiente ponerse un traje oscuro y bailar con soltura el cha-cha-chá para merecer a la mujer ideal. Deben someterse a una prueba, sufrir peligros, madrugar, padecer frío, exponerse a la intemperie, medir su habilidad, forzar su ingenio, aguzar la vista y el oído. Los músculos que suspenden el torso agitado en cuclillas por las acrobacias que exige el *hulla-hop* probarán su elasticidad en la tensa espera entre pinchos y brezos ásperos que requiere la caza del buitre. Me ofrezco, mi dulce amiga, como presa. Yo seré el premio que franquee el paso hasta los pies de la amada. Quien consiga capturarme merecerá tu mano. Cuando Roberto, Alberto o Rigoberto se presenten bajo las arañas rutilantes del salón de baile conmigo en una jaula, conmigo en una red, conmigo arrastrado de una cuerda y dejando un sangrante reguero en el suelo de cera o la alfombra de Persia, sabrás a quién debes elegir como novio o noviete en tu puesta de largo. No, no digas nada, amiga mía. Acepto el sacrificio con alegría. El corazón de este buitre contradictorio y desclasado,

irresponsablemente pendiente de una muchacha de pelo largo y gesto mohíno, necesita también un gesto heroico. Me expongo como blanco de sus ballestas, como objetivo de sus rifles, de sus trampas y cepos. No voy a dejarme atrapar. Prometo no atacar con saña. Sé que me resultaría fácil inutilizar a mis perseguidores, asustándolos sin molestarme en clavar mi pico en sus gargantas, provocando su huida sin desgarrar pechos jóvenes y arrojados con mis garras. No, no digas nada, amiga mía, una última cosa. Si ninguno de tus tres pretendientes logra atraparme vivo, o matarme en feroz caza, yo estudiaré con cuidado la estrategia de cada cual, su valor y coraje, analizando las virtudes del guerrero y las mañas del tramposo para poder darte con ecuanimidad mi veredicto. Te diré cuál de los tres se ha hecho acreedor, a mi juicio, del premio. Tú eres el premio y juzgaré a los candidatos con toda severidad. Adiós, amiga mía, ya no volveré a verte hasta que este dilema se resuelva. No dudes en aceptar mi ofrecimiento. Los buitres somos alimañas de palabra, aves serias, amigos fieles, muy capaces de sacrificarnos con gusto. Hasta pronto, espero.

Dicho esto, el buitre, sin que la niña pudiera responder, emprendió el vuelo y, moviendo con ritmo vivo sus amplias alas color cobre, salió hacia el cielo por la ventana abierta, perdiéndose en un santiamén bajo el gris de la tarde nublada.

Pasaron varias semanas y una mañana de sol el buitre volvió a visitar a la niña.

Los dos continuaban en sus sitios predilectos. Ella, sentada en una esquina del diván. Él, posado sobre el terciopelo negro.

Ambos parecían tristes.

Ninguno se decidía a hablar.

No sabían qué decirse. El generoso plan del buitre había sido un fracaso completo. Los tres aspirantes a la compañía de la damisela resultaron una clamorosa decepción.

La niña, sorprendida y emocionada aquella tarde por las palabras de su amigo, dedicó la noche entera a considerar el proyecto. En el valle, poblado de prósperas mansiones burguesas, no se recordaba una empresa semejante. La niña bajó en medio de la oscuridad a la biblioteca para consultar un grueso tomo encuadernado del diario local, publicado puntualmente desde hacía doscientos años.

El valle presumía, con razón, de felicidad, prosperidad y normalidad. La vida transcurría según unas reglas rígidas que en un par de siglos habían demostrado su eficacia. La temporada primaveral de bailes, celebrados por riguroso turno en casonas y palacetes para garantizar la continuidad de la especie con bodas supervisadas por papás severos y sonrientes, era un ejemplo, quizá el más característico, de la obediencia a una tradición que nadie parecía dispuesto a interrumpir. Todo se realizaba según se había establecido por una costumbre que enorgullecía a los mayores y que los jóvenes aceptaban como una imposición fácil de cumplir.

La niña, leyendo el diario local a la luz de una lamparita, no encontró ningún precedente que se pareciera al plan del buitre. En una sección del periódico, dedicada a la remota historia del valle, se contaba una leyenda ambientada en los albores de la Edad Media. Una princesa celta se extravió en el bosque por descuido del aya que la acompañaba y fue raptada por un temible dragón alado. Distintos príncipes y nobles intentaron inútilmente rescatarla hasta que un joven pastor, muy hábil en el manejo de la honda, lanzó un pedrusco al dragón cuando abría sus fauces para tragárselo, que se coló en la garganta del monstruo ahogándole. Luego la leyenda se queja del capricho de la princesa, que no llegó a casarse con el joven pastor, valiente y arrojado, sino con un paliducho señorito muy rico que aportaría al palacio helador de los monarcas celtas un revolucionario sistema de calefacción.

La niña, sin antecedentes históricos en los que apoyarse, reunió en la fiesta siguiente a sus tres pretendientes y los expuso en la terraza, durante la pausa del piscolabis, el plan del buitre. La reacción de los caballeros fue de unánime rechazo.

—Tú estás loca —aseguró Roberto.

—¿Me has confundido con Sigfrido? —preguntó Alberto, que acababa de ver con su abuelo la ópera de Wagner donde el héroe sin miedo asesinaba al dragón.

—Soy contrario a cualquier violencia —proclamó Rigoberto, levantando con pulso temblón su vaso de ponche color ámbar.

La niña, desconcertada ante el desinterés de sus galanteadores, reaccionó con ingenuidad:

—¿No os interesa conseguir mi mano?

Y ante la sorpresa de los hombrecitos añadió:

—Sí, conseguir mi mano, asegurar mi compañía, despejar el sendero que acaba en mis besos, apoyar en la almena la escala o escalera por donde trepar hasta abrazarme en la torre del homenaje.

—Veo que no has salido de los cuentos de hadas. Cuando crezcas, avísame —dictaminó displicente Roberto, dándose la vuelta y alejándose hacia el salón.

—¿Cómo voy a cazar un buitre si no acierto jamás con la escopeta de perdigones a los patitos de metal que pasan en fila frente al paisaje pintado de una barraca de feria? —deploró Alberto, sentándose impotente y compungido junto a un tiesto de crisantemos.

—No puedes exigir a tu marido tales proezas —aconsejó Rigoberto, pedante—. Sería una pena que, con lo mona que eres, te quedaras para vestir santos o, si me lo permites, para cazar buitres, que en tu caso viene a ser lo mismo.

Rigoberto se apartó, muy digno, y en el extremo de la terraza contempló, durante un rato, antes de volver a la fiesta, la noche estrellada.

Alberto, muy triste, adelantó el brazo hasta colocar tres dedos sobre el codo decepcionado de la niña, que se echó a llorar.

—¿Qué hago? —preguntó la niña al buitre la mañana soleada, después de contar a su amigo el fracaso de su plan.

El buitre soltó una alegre carcajada, revoloteó agitadamente por la habitación y volvió a colocar sus garras sobre el terciopelo negro del diván. Observó a la niña, sonriente, y habló al fin.

—Como ves, mi plan no era tan descabellado. Ha servido para señalar el galán que te conviene.

La niña le miraba, dudosa.

—¿Alberto?

—Naturalmente. No es un héroe, pero te quiere o, al menos, lamenta perderte.

—Parece, sí.

—Que no sea capaz de cazar buitres no le descalifica para todo lo demás.

—¿Tú crees?

—Esperémoslo.

La niña recordó con afecto la consternación de Alberto, sentado junto al tiesto de crisantemos.

—Me voy —anunció el buitre.

—Hasta mañana —se despidió la niña.

—No, mi querida amiga. No volveré. Más vale decirnos ahora adiós. Mis visitas tendrían que interrumpirse en cuanto venga Alberto, cada tarde, a pelar la pava con la mirada brillante, las mejillas rojas, las manos húmedas, buscando un tema de conversación. El buitre se retira para dejar paso al

aspirante. No le hables de mí. Abandono con gusto, dolido, este sitio, mi sitio en el diván. El terciopelo negro lo ocupará desde ahora el traje de un buen chico. Arráncame una pluma como recuerdo.

La niña disimuló una lágrima con una sonrisa forzada mientras arrancaba, de un tirón, una pluma color cobre de la cola del buitre, que acto seguido emprendió el vuelo, muy pronto engullido por el azul del cielo.

La niña comprobó, contenta y melancólica, que en la pluma brillante y suave había quedado una gota gorda y redonda, muy oscura. La sangre

del buitre relucía, en la claridad
de la mañana, como
un rubí.



Charla de insectos



hí está.

—Sí.

—¿Qué es?

—No lo sé.

—¿No habías visto nunca nada parecido?

—Tan pequeño y redondo, no.

—¿Pequeño? Si es más grande que nosotros.

—¿Vuela?

—No parece.

—A lo mejor, se despegas esa especie de babero añil y quién sabe.

—Parece humana.

—¿Como el leñador?

—El leñador mide como un árbol mediano, grita, y eso que llaman ellos
manos alcanza un tamaño superior a...

—Niña.

—¿Cómo?

—Niña. Me ha venido la palabra de repente.

—Niña.

—Si te fijas, reproduce a menor escala el molde de la mujer.

—¿Mujer?

—La mujer del leñador, quizá no. La maestra.

—Ahora que lo dices, sí, es verdad.

—La maestra tiene una cara redonda, unos dedos afilados.

Sonríe cada vez que viene a buscarla el médico joven.

—¿Niña significa, según tú, mujer en estado de larva?

—Creo que, para entendernos, podemos considerar así el enigma de tan
inesperada aparición.

—¿De dónde ha salido?

—Ni idea.

—La casa está deshabitada.

—Se habrá perdido.

—¿Qué es eso?

—Los humanos debes saber que se pierden.

—¿Sí?

—Viven en un sitio, que ellos consideran su hogar, su nido o madriguera, y cuando se alejan un poco y no aciertan a encontrar de nuevo su hogar, nido o madriguera, entonces se sienten perdidos.

—¿En qué cubil vivirá esta niña?

—No me parece haberla visto por los alrededores.

—Será la hija de alguien.

—Han abierto, a la entrada de la aldea, un nuevo colmado.

—Sí, apetitoso.

—Mucho. Ayer me di una comilona de harina blanca, que rezumaba de unos grandes sacos de arpillera.

—No conozco a los dueños.

—Yo he visto a un hombrecillo con una visera de charol, unos manguitos de tela a rayas y gruesas gafas sobre la nariz ganchuda.

—Según tu descripción, podría ser perfectamente un padre.

—¿El padre de la niña?

—¿Por qué no? ¿Gruñía?

—Sí que gruñía. Cuando me topé con él, yo entraba en la tienda aprovechando un cristal roto, me vio y lanzó al aire un guantazo que por fortuna esquivé con cierto apuro.

—Nervioso y malhumorado, sí que puede ser un padre.

—Ahora que me acuerdo, gritó a alguien que rebullía en la trastienda, «María ¡recuérdame que encargue el insecticida! ¡Se nos va a llenar esto de moscones!».

—¿Tú eras el moscón?

—Supongo.

—¿No viste más?

—Revoloteé un poco por el cuarto, muy cargado de polvo, y me escabullí en seguida por el cristal roto.

—¿Será el padre de esta niña?

—No lo sé.

—La semana pasada, me acerqué, siguiendo mi costumbre, a la salida de la escuela. Ya sabes que me gusta merodear sobre las meriendas infantiles.

Son deliciosos los papeles pringados de grasa, las migas de bollo fresco en el fondo de un plumier que un gesto brusco arroja de la cartera, los mocos y las babas, los deditos dulcísimos de los hermanos pequeños que las mamás transportan en carritos y, mientras sus hermanos mayores aparecen en el patio, esperan estupefactos manoteando. No suelen protestar si aterrizas en uno de sus mofletes o te paseas por su toquilla que, por muy limpia que esté, siempre conserva algún goterón escondido de agua azucarada, de puré de sémola, de saliva que sabe a miel.

—Concreta.

—Sí, perdona. No puedo reprimir mi entusiasmo por las golosinas, ya lo sabes.

—¿Y?

—No, que quería contarte que vi a una nueva mujer, el ejemplar que los humanos llaman señora, llevando de la mano a dos pequeños con gorra, alejarse de la escuela hacia el colmado.

—¿Sería la esposa del padre nervioso y gruñón, partidario del insecticida?

—Probablemente.

—Los pequeños con gorra pueden tener una hermana.

—Iría al colegio.

—Es verdad.

—Descartado el colmado como hogar de la niña.

—Mírala.

—No se ha movido.

—Se va a hacer daño.

—¿Por?

—En los dedos.

—Frota, sí.

—Como si pretendiera desgastar el meñique, convertir el meñique en otra cosa, afilar el meñique en una uña larga para matar moscas, clavar mariposas en una tumba de corcho.

—No empieces.

—No.

—No veas a la niña como enemigo.

—La muerte de mamá no es fácil de olvidar.

—Debes perdonar.

—Jamás.

—Para dos meses que vamos a vivir, no vale la pena atormentarse.

—De acuerdo.

—Yo también lamenté la pérdida de mamá.

—Esa vieja malvada.

—No sigas.

—Esa vieja malvada que no dudó en empujar a la pobre madre nuestra al interior del perol de agua hirviendo. Se acercó con sigilo, tomó una espumadera y arrojó al pobre animalito, que se exponía por su asma a un benéfico baño de vapor, a la caldera humeante. Si no cierra la tapa la maldita vieja, quizá mamá, que volaba con agilidad, se hubiera librado del tormento.

—Esta niña parece completamente inofensiva.

—Tampoco la anciana con su cofia rosa y su sonrisilla melosa tenía aspecto de monstruo, y lo era.

—Te vengaste.

—Claro.

—Con saña.

—Lo merecía.

—¿Cómo se te ocurrió?

—El odio hace maravillas.

—Enloqueciste a la dama en un tiempo récord.

—Fue fácil, sí.

—Cada tarde, cuando se arrellanaba en su sillón de mimbre te situabas detrás de su oreja. Allí, con zumbido tenue, depositabas horribles imágenes, alarmas sangrientas, amenazas de enfermedades espeluznantes, en el oído arrugado. Del oído arrugado llegaban hasta el cerebro, adueñándose de él. La vieja murió loca días después.

—Un éxito, lo reconozco.

—Algo hay que hacer con esta niña.

—Bueno.

—Si te acercas...

—¿Qué?

—A su oído.

—¿Para qué?

—Tú que hablas su idioma, pregúntale.

—No sé.

—Si nos enteramos de dónde viene, cómo es por dentro su madriguera, su cuartito, no nos costaría mucho acompañarla a casa. Está anocheciendo.

—No me atrevo.

—Con esos mofletes no puede representar una amenaza.

—Acércate tú.

—Yo no sé hacerme entender.

—Excusas.

—Si quieres que te diga la verdad, no las tengo todas conmigo.

—¿Lo ves?

—Esos zapatitos tan cómodos como zapatillas cobijan unas pezuñas duras como piedras. Me asusta morir espachurrado. Te derriban al suelo y allí te aplastan con saña. Aspiro, como tumba, a un lugar más ameno que una suela, más apacible que un tacón. Deseo que mi modesto cuerpo de insecto constituido con la perfección de un mecanismo de relojería, se lo lleve una ráfaga de viento, resulte abrasado por un fuego digno, sirva de aperitivo a un águila real. No te acerques si no quieres. Me parece mezquino que mi cobardía te empuje a un heroísmo que yo tampoco me animo a emprender.

—Ahora, por lo visto, te toca exagerar a ti.

—Me inquieta.

—¿La niña?

—¿Y si proliferan?

—¿Como moscones?

—No te rías.

—Tengo entendido que su reproducción es complicada y lenta.

—El caso es que sigue ahí.

—Lo mejor es marcharse.

—¿Dejándola?

—Que se las arregle.

—No me voy tranquilo.

—Decisión.

—Me aproximo, desciendo.

—¡No!

—¿Ves? No hace nada.

—¡Cuidado! ¡Mueve la mano!

—Voy a rodearla.

—La niña se vuelve deprisa y ¿qué hace? ¿Por qué te golpea la cabeza con su puñito? Levántate.

—No puedo...

—¿Qué hago yo ahora?

—Huye, huye.

—No, voy a rescatarte.

—Es inútil.

—No escarmentaremos jamás. Bajo a tu lado.

—¡No!
—¡Ay!
—¿Lo ves? A ti también te ha atizado.
—¡Socorro!
—No grites.
—Mira, levanta el pie, la zapatilla, su pata feroz, como temíamos.
—¿A qué ha venido?
—Lo estás viendo.
—Acércate.
—No puedo moverme.
—Apoya en mi ala tu cabeza herida.
—
—¡Amigo mío!
—
—Adiós.
—
—Ya alza la niña otra vez sobre mí su preciosa zapatillita.
—
—



Rufo



El niño tropieza con Rufo en la galería y le increpa, enfadado:

—Pero ¿todavía estás aquí?

El niño es amigo de Rufo y teme por él.

—Te ordené claramente que desaparecieras.

—Éste es mi hogar.

—Ya no. Márchate.

El niño encontró a Rufo hace meses debajo de la cama, pequeño y adormilado. Lo confundió con una lagartija aturdida y le dio agua y lechuga. Rufo creció hasta alcanzar, en poco tiempo, su actual tamaño.

—Éste es mi hogar —repite Rufo.

—¿Te persiguen?

—Han abierto el armario para repartirse escobas, paraguas y bolos. Tus primos pequeños se han lanzado al pasillo agitando en el aire paletas de pimpón.

—Lárgate.

El niño, mientras creía que Rufo era una lagartija, lo albergó en su cuarto, habilitando para él una confortable caja de zapatos.

—Defiéndeme —exige Rufo.

—No eres razonable —reprocha el niño.

—Tengo tanto derecho como cualquiera de vosotros. He nacido, vivido y crecido aquí. Pertenezco a esta casa. La jauría de infantes armados ha decidido atacarme. ¿Por qué?

El niño, cuando comprobó que Rufo no era una lagartija, lo trasladó al desván, eligiendo con cuidado un rincón escondido y soleado. Rufo aprendió a hablar y, sociable por naturaleza, quiso ser presentado en sociedad. El niño aprovechó una fiesta de máscaras para aparecer con Rufo, en un original disfraz combinado de Sigfrido y el dragón. Después del convite, cuando los invitados se despojaron de sus trajes, capas y antifaces, Rufo anunció que él

era así, no tenía careta que quitarse. El cansancio que paralizaba a todos mitigó la sorpresa de la noticia y Rufo fue aceptado en los juegos de los pequeños y en la seriedad de los mayores, que presumían entre sus amistades de albergar en su casa a un dragón de verdad.

—No veo razón alguna para aceptar una expulsión injusta, intolerable —argumenta Rufo, sin moverse del corredor.

—Hoy mis primos y sus amigos han decidido jugar a dar muerte al dragón —explica el niño—. Me parecía un buen momento para que iniciaras fuera una nueva vida.

—Me niego.

—Te pueden hacer daño con sus improvisadas armas.

—Resistiré.

—Y lo que es peor, los mayores se han cansado, como sabes, de ti y pueden echarte a la calle de la peor manera. Te espera la perrera municipal, o el zoológico, si no te ofrecen como conejillo de Indias en un laboratorio o te venden a un taller de cueros para confeccionar con tu piel bolsos y zapatos de cocodrilo.

—No me asustes.

—Me preocupo por ti.

—No me asustas.

Rufo había vivido en la casa con la gran familia como un invitado especial. Su inteligencia, la amenidad de su charla, la agilidad de su ingenio le habían granjeado un puesto entre los adultos. Considerado al principio una rareza, una excentricidad de los habitantes de la mansión que alardeaban de contar con un saurio entre sus huéspedes, fue incorporándose poco a poco a la sociedad de la villa costera y no se producía un acto importante sin que Rufo figurara en la lista de invitados. Era Rufo un excelente jugador. Los naipes, sus secretos y combinaciones, adquirían entre sus uñas rojizas una ligereza de tahúr, una velocidad de malabarista. Ganaba siempre a todo. Genio del *whist*, del *bridge*, del *pinacle*, del póquer y de la canasta, dominaba también las modalidades más populares, proclamándose campeón de brisca de la comarca, rey del tute, renovador de los guiños del mus y portento de las siete y media. No presumía de sus habilidades. Renunciaba al dinero, entregaba los billetes al asilo y al orfanato, que inauguraban nuevas dependencias con el nombre de Rufo; repartía las fichas entre los mendigos, que abandonaban sus harapos para incorporarse a la comunidad como aseados dependientes o discretos porteros. Rufo inculcó una alegre deportividad a las timbas clandestinas, que dejaron de ser tugurios siniestros donde se desvalijaba a los incautos para

convertirse en joviales chiringuitos al aire libre donde los tramposos servían limonadas muy azucaradas con una amplia sonrisa, después de haberse afeitado concienzudamente y haberse desprendido para siempre de sus grasientos sombreros en forma de hongo y sus inquietantes chalecos de seda vieja y amarilla.

Como organizador de celebraciones infantiles, Rufo había sido, en su época de esplendor, muy solicitado. Su sola presencia despertaba en niños y niñas una fascinación sin competencia. El conjunto formado por un payaso, un ilusionista y una ventrílocua, que acudía a animar santos y cumpleaños, se vio obligado a abandonar la región. Sus números y gracias, sus trucos y bobadas no resistían la menor comparación con el estilo de Rufo. El enorme lagarto empezaba la tarde agrupando a los invitados a su alrededor para contarles después un cuento, siempre distinto, siempre protagonizado por un dragón, un cocodrilo o una lagartija, que acometía las mayores proezas sin conocer el miedo ni el fracaso. Luego, imaginaba una expedición cuyo destino variaba según el escenario de la fiesta. Si se habían reunido en el jardín, el viaje se emprendía a través de la selva y Rufo se encargaba de representar con gran realismo los peligros, amenazas, sustos y alimañas de la jungla. Si la concurrencia se agolpaba en un salón, un desván, o un tramo de pasillo, Rufo improvisaba el imaginario viaje en ferrocarril de un coro, cuyo director y promotor era un simpático, incansable gigante verde que enseñaba a sus alumnos canciones melodiosas y frenéticos estribillos que se fijaban con fuerza en la mente y la lengua de los pequeños cantantes, que volvían a sus casas felices y arrebatados, como si hubieran pasado la tarde no en el cumpleaños de Guillermo López o Nuria Castillo, sino en el país de las hadas.

—No oigo nada —asegura Rufo, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Yo tampoco —reconoce el niño.

El silencio procura un efecto tranquilizador.

—Han debido de cansarse —decide Rufo, optimista.

—Ojalá.

—Ha sido una idea absurda.

—¿Perseguirte?

—Y, en el fondo, impopular.

—Tu optimismo me impresiona —afirma el niño.

—Los grandes personajes no caen tan deprisa de su pedestal.

—Llevo una temporada recomendándote prudencia y humildad.

—El éxito envenena —asegura Rufo con voz seria.

—Sabes que me duele decirte esto.

—Pues no lo digas —ataja Rufo, rápido.
—Te conviene oírlo.
—No quiero oírlo.
—Te conviene.
—No, no.
—Ya no eres lo que fuiste.
—Por favor.
—Rufo, has perdido puntos. Ya no estás de moda.
—No sigas.
—Ha empezado tu decadencia.
—Calla.
—Acepta tu declive.
—¿Qué?
—Admite tu pendiente.
—No te entiendo.
—Me entiendes perfectamente. Se ha acabado tu época de esplendor y ya has iniciado el descenso. Negar la evidencia te está haciendo un daño atroz. No quiero que te conviertas en un personaje patético. ¿Qué es eso?
—Nada.
—¿Una lágrima?
—No, no.

Rufo, jugador aplaudido y original animador de festejos infantiles, conoció también el éxito en las reuniones femeninas, donde oyó muchos piropos y donde, también, habría de iniciarse su decadencia como héroe popular. Las damas de la localidad empezaron a invitarle a sus té, a sus tómbolas, a sus partidas de canasta, animándole a que prodigara sus anécdotas, a que opinara sobre joyas y vestidos, a que aleccionara al servicio sobre la manera elegante de rematar el lazo del delantal o los gastos exactos que requiere el flambeado del suflé. Y Rufo, halagado, ufano, empezó a comportarse como un sujeto presumido, parlanchín. Varias semanas de figurón entre las señoras y el dragón inteligente estaba a punto de convertirse en un bicharraco cargante, impertinente, excesivo. Al poco, las invitaciones se espaciaron. Ya no era el comensal imprescindible, su opinión no contaba, su cuerpo grande y verde rebosaba en las salitas, entorpecía el tránsito en los jardines, no actuaba como un reclamo llamativo en las rifas benéficas. El niño asistía a la decadencia de Rufo y, temiendo su expulsión, le había recomendado alejarse de la casa y la comarca, en busca de nuevos horizontes.

Rufo prometió esta mañana su marcha y no había cumplido su promesa.

El niño insiste:

—Sigo creyendo que te conviene un cambio de aires.

—Me resisto —responde Rufo, obcecado.

—Ya tienes sustituto.

—¿Sí?

—Laura.

—¿Laura, la jirafita de los López Anglada?

—Exactamente.

—Está muy verde aún.

—Sí, pero su éxito crece por días.

—Es una cursi.

—La jirafita ya sabe hablar, ya nada, ya canta, ya se pone ella sola los sombreros de copa.

—Laura es una cursi, insisto.

—Peor para ti. Lo cursi, Rufo, está a la orden del día. Tus habilidades serán más valiosas y originales, más sólidas e interesantes, pero, fíjate bien en lo que te digo, van a ser desbancadas, vencidas por la cursilería cretina y remilgada de Laura.

—¿Lo crees de verdad?

—Es evidente.

—¿Ya nadie me aprecia?

—Márchate antes de que todos empiecen a cogerte manía. La tirria, en estos parajes, se convierte en odio muy deprisa. Y el odio es irreversible.

—Si tú lo dices...

—Si desapareces ahora, cuando todavía queda algo de la antigua y muy abundante admiración por ti, asegurarás, en la veleidosa memoria social, un buen recuerdo.

—Me convences.

—Quién sabe si dentro de un tiempo no te echan de menos, cuando pase, que pasará, la afición por la jirafita.

—Me voy, entonces.

—Es probable, además, que en tu nuevo domicilio te encuentres igual de bien, o quizá mejor, que aquí. Tú has sufrido en escama propia la crueldad de los caprichos de estas gentes, que hoy te vitorean para pisotearte mañana.

—Adiós, amigo.

—Escríbeme.

—Sabrás de mí.

—Eso espero.

—¿Qué es eso?

—Nada.

—¿Una lágrima?

El niño no responde. Se vuelve mientras Rufo, de un brinco, salta del corredor y atraviesa el ventanal abierto para alejarse por el jardín.

El niño no se asoma a la balaustrada.

No quiere ver cómo Rufo
desaparece entre
los árboles.



Un verano especialmente frío



l niño acaba de encontrar lo que buscaba.

El niño lleva un mes en la casa. La invitación de su amigo Fernando no dejaba lugar a dudas. El último día de clase le anunció que le esperaba en agosto. «Ven cuando quieras», dijo, «allí no te vas a aburrir». Luego, las mamás se cartearon. «Estaremos encantados de que tu chico venga unos días», escribió la madre de Fernando, añadiendo, «si no le agobia la bulla, lo pasará bien; no le ofrecemos tranquilidad, sino bullicio y animación; llegamos a reunirnos casi cien personas en el jardín, cuando celebramos algo». La madre del niño, con el sobre en la mano, le preguntó, sorprendida, «¿Tu amigo vive en un hotel o en un palacio?». «No lo sé», había respondido él, «sólo puedo decirte que siempre va muy bien vestido; aparecía en clase cada mañana con ropa nueva y distinta; una vez, en un recreo, quiso regalarme una gorra inglesa con visera, asegurando que tenía muchas más, un armario lleno; me costó un triunfo decir que no». La madre del niño contestó aceptando y agradeciendo la invitación de la madre de Fernando, que envió a vuelta de correo una nota con las instrucciones para el viaje. «Es muy sencillo», explicaba, «no hace falta que le acompañe nadie; se baja en la estación de Sopeña; habrá alguien esperándole; la casa está a las afueras del pueblo». La madre del niño volvió a escribir, precisando la fecha. «Hemos tomado un billete de segunda clase para el expreso que se detiene en Sopeña a las cinco y diez el día nueve de agosto». El ocho por la tarde, la madre de Fernando envió un telegrama, que llegó a las once de la mañana siguiente, cuando el niño ya llevaba casi dos horas en el tren. El telegrama causó cierta extrañeza al recibirse. La madre se quedó pensativa. El padre opinó que se trataba de una precaución exagerada. La hermana mayor, quitando importancia, recordó que el niño, su hermano menor, no era nada friolero. «Ya sabes, mamá», dijo, «lo que le cuesta abrocharse el abrigo, siempre tiene calor y se sofoca por nada, con esos

mofletes que deben abrigarle como una bufanda». La madre, tranquilizándose, reconoció, «Sí, sí, quizá tengáis razón». El telegrama que llegó tarde contenía la siguiente advertencia: «No olviden abrigo o chaqueta muy gruesa. Stop. Se anuncia verano polar. Atentamente. Señora de Rovira».

El niño acaba de encontrar lo que buscaba. Había consultado inútilmente varias enciclopedias.

La señora de Rovira sabía muy bien lo que se decía. El niño se bajó del expreso en Sopena en plena tormenta de nieve. Al despedirse de su familia en la ciudad, la temperatura de la estación era agradable, sol enérgico y una brisilla fresca. El niño, antes de sentarse junto a la ventanilla, se quitó la chaqueta de lino. Su madre, de pie en el andén, le hizo un gesto, que significaba: «No me digas que ya estás asándote de calor, espera un poco, la camisa que llevas es de manga corta, finísima». El niño sonrió a su madre, haciendo una serie de aspavientos, desde el compartimiento, al otro lado de la ventanilla, que podían traducirse en «Mamá, no te apures, ya sabes cómo soy de exagerado». Durante todo el trayecto brilló el sol y los viajeros del expreso parecían coincidir con el niño en su severa crítica de la temperatura, que el señor de enfrente, que pidió permiso para desabrochar el botón del cuello de su camisa blanca, calificó de «tropical». La señorita de al lado, tocada de una gran pamelita amarilla reveló que el tamaño de su sombrero había sido elogiado por su novio, con quien se casaría en breve, por sus virtudes de refrigeración. Para demostrar tan insólito comentario, la señorita de al lado movió la cabeza levemente y, efectivamente, el aire del compartimiento se agitó como si se hubiera colado un golpe de viento, las trenzas de la niña sentada junto a la puerta se alzaron como dos resortes y las páginas del libro que leía su acompañante, una dama enlutada, empezaron a pasar rápida y atropelladamente, como empujadas por un fuelle. En la estación anterior a Sopena, el cielo, tan azul hasta ese momento, empezó a nublarse, pasando del blanco al gris, del gris al negro, del negro al violeta para acabar de nuevo en el blanco, la nieve arreciaba cuando el niño se bajó, encogido bajo su leve chaqueta de lino y empuñando su pequeña maleta, al andén desierto.

El niño acaba de encontrar lo que buscaba. Había consultado inútilmente varias enciclopedias. Cuando vio el título del libro en la enorme biblioteca vacía, no dudó en encaramarse hasta el elevado estante, para llevárselo a su cuarto.

Nadie más se bajó en la estación de Sopena. El niño, cuando el expreso volvió a arrancar, inició la travesía del andén blanco. No se veía nada, la nieve continuaba cayendo copiosamente y el niño, después de unos pasos, se

detuvo. «¿Es esto Sopena?», preguntó en voz alta, sin recibir respuesta. El tren había llegado puntual, según comentó la señorita de la pamelita amarilla, extrañada, a las cinco y diez en punto, aunque la luz de la estación, turbia y lechosa, parecía evocar el resplandor del amanecer. «Estoy invitado en casa de los señores de Rovira», proclamó el niño alzando el volumen. «Rovira, vira, ira», contestó burlescamente un eco, que devolvía su voz en un tono amortiguado, algodónoso. El niño, por primera vez en su vida, sintió frío. Frío de verdad, como si unos dedos helados, descarnados, le recorrieran los huesos, desde el cráneo hasta el talón. Empezó a tiritar y siguió caminando, sin rumbo, por el andén gélido. No estaba asustado. No era miedo lo que le llevó, desorientado entre la nieve que caía cada vez más densa, hasta vislumbrar el trazo de las vías, girando en redondo con la esperanza de tropezar, avanzando en dirección opuesta, con el edificio de la estación. «Fernando, ¿no será éste uno de tus chistes?», susurró el niño, acordándose de repente, tiritando ya empapado, de la afición de su amigo por las bromas e inocentadas, que preparaba con gran habilidad. Los dientes del niño empezaron a castañetear, tropezó y cayó de bruces, aterido, sobre la nieve del andén, abrazado a su pequeña maleta. Al tratar de levantarse, comprobó que no le respondía la rodilla, se había atrofiado la articulación. Mirándose las manos, moradas de frío, creyó que iba a asustarse cuando el espeso aire polar trasladó hasta su oreja escarchada una especie de gemido ahogado que confundió, mientras gritaba «Aquí, aquí», con el relincho de un caballo.

El niño acaba de encontrar lo que buscaba. Había consultado inútilmente varias enciclopedias. Cuando vio el título del libro en la enorme biblioteca vacía, no dudó en encaramarse hasta el elevado estante, para llevárselo a su cuarto. El título ocupaba la portada con grandes letras, *Especies raras*.

El niño se encontró alzado del suelo nevado del andén por dos largos brazos rematados por manos como zarpas de oso envueltas en guantes de lana. Una figura gigantesca cubierta por un largo gabán y con la cabeza embutida en un grueso pasamontañas cubrió al niño con una manta y, dándole brascas y amigables palmadas para que entrara en calor, lo trasladó hasta el asiento de cuero de un coche de caballos, que esperaba en la placita de la estación. El gigante que lo rescató hablaba sin parar, con voz gruesa y ronca, sin que el niño prestara apenas atención a lo que su salvador decía y farfullaba. El niño temblaba violentamente, presa de una tiritona que le sacudía con tanta fuerza como cuando su hermana mayor se impacientaba con él, le cogía del brazo para agitarlo de un lado a otro como un árbol que se vapulea rítmicamente para que caiga la fruta. «Esto es el frío, el frío», repetía

el niño moviendo apenas los labios sobre el asiento de cuero, cubierto por la manta, empapado, sin atender la charla del cochero, que pronunciaba, para consuelo del viajero helado, palabras de ánimo, «un vaso de leche caliente, muy caliente». El niño, antes de llegar a la casa, se desmayó y, al despertarse tendido en la cama verde tres días después, recordaba muy vaga y difusamente lo que había ocurrido desde su llegada. En medio de una niebla espesa provocada por el sueño y la fiebre, se destacaban exclamaciones y saludos, carreras y una cuchara con caldo hirviendo que alguien le acercaba a la lengua, abrasándole la boca y tonificando su pecho helado, hasta que le invadió un sopor irresistible, muy dulce, que él imaginó como una gruesa capa de chocolate humeante que cayera sobre su cabeza desde una gran jarra suspendida en el aire, cubriéndole el pelo, la cara, los hombros y el cuerpo entero. Cuando abrió los ojos habían pasado tres días. Se encontraba mucho mejor, sin fiebre ni frío, protegido en la cama verde con su pijama a rayas, sorprendido. La luz entraba por la ventana y no se oía ningún ruido. Esperó un rato a que alguien apareciera. Seguro que su amigo Fernando le había visitado durante la enfermedad. Su madre, la escrupulosa señora de Rovira, le había sin duda cuidado y alimentado con competente eficacia y seguro que no tardaría en presentarse para celebrar su mejoría y proponerle una apetecible convalecencia a base de juegos divertidos y paseos cortos; Fernando debía de estar deseando enseñarle la casa y el jardín, y el niño pensaba, mientras pasaba el tiempo y nadie abría la puerta de su cuarto, si le costaría trabajo recordar los nombres de los muchos primos de su amigo que pronto conocería. La mañana avanzaba y no parecía que se acordaran de él. Ya se disponía a bajar de la cama, vestirse y asomarse al exterior para anunciar a quien se tropezara que había regresado al mundo de los vivos cuando se abrió cautelosamente la puerta del cuarto y entraron dos extraños personajes que le traían, en una bandeja, el desayuno.

El niño acaba de encontrar lo que buscaba. Había consultado inútilmente varias enciclopedias. Cuando vio el título del libro en la enorme biblioteca vacía, no dudó en encaramarse hasta el elevado estante, para llevárselo a su cuarto. El título ocupaba la portada con grandes letras, *Especies raras*. Aquí están sus dos amigos, en la S, identificados como mangostas minadoras que viven en colonias subterráneas exclusivamente en el sur de África. Técnicamente, son mamíferos, género carnívoros fisípedos, miembros cortos y tetradáctilos con las uñas adaptadas a la excavación. Se alimentan de pequeños roedores e insectos. El niño lee también su nombre, debajo de una

fotografía. Se llaman suricatos. «Así que sois suricatos», les dice el niño a sus dos amigos, que siguen, impasibles, apacibles, a los pies de la cama.

Cuando los vio aparecer con la bandeja del desayuno, el niño creyó que se trataba de una broma de su amigo Fernando. «¿De qué te has disfrazado esta vez?», preguntó el niño al extraño personaje que depositaba con cuidado la bandeja sobre la cama. «Qué buena pinta tiene esto», reconoció el niño al alzar la tapa que cubría el plato; media docena de ratoncillos de azúcar, un pastel de manzana en forma de mariposa, unas tiras de guirlache con unos bultos a los lados que recordaban la forma del saltamontes y, para beber, agua. El niño se comió las golosinas con buen apetito, bromeando con los extraños personajes que, de un salto, brincaron a los pies de la cama para, desde allí, mirarle en silencio, con una especie de concentrada curiosidad. «Vamos, Fernando, enséñame la casa», pidió el niño, saltando de la cama y poniéndose sus ropas de verano que reposaban, secas y arrugadas, sobre una silla. «¿Hasta cuándo vas a seguir con esta broma?», preguntó el niño abriendo la puerta del cuarto. Los extraños personajes saltaron de la cama y salieron con él; recorrieron la casa desde la cocina hasta el desván, del vestíbulo al remate de la escalera, entrando en cada habitación, recorriendo el gran salón del piso bajo y el fabuloso comedor separado de la preciosa cocina por un corto pasillo, sin olvidar las alcobas, los baños y la prodigiosa biblioteca. Los tres se asomaron a los vestidores, curiosearon en los armarios, exploraron el sótano que parecía la insondable bodega de un buque, salieron al jardín donde aún quedaban restos de nieve, visitaron las caballerizas, llamaron a la caseta del guarda sin recibir respuesta y, al volver horas después los tres al cuarto de la cama verde, el niño sabía que la casa tan lujosa como un palacio y tan amplia como un hotel estaba deshabitada, como si la tormenta de nieve hubiera barrido a todos sus pobladores en un único soplo helado, y sabía también que las dos curiosas figuras que le acompañaban no eran Fernando y uno de sus infinitos primos, sino dos animales que nunca había visto y que tardaría varias semanas en identificar.

«Suricatos», repite el niño, cierra el libro, sonríe y se dispone a vestirse para, como cada mañana desde que amaneció en la cama verde, emprender los tres la búsqueda diaria de alimento. El niño, que ya come ratón y ardilla, espera probar hoy la carne de topo si aciertan a descubrir,
al final del túnel oculto bajo el castaño,
su madriguera.



El zoo de Hamburgo cierra los lunes



na cucaracha.

—Frío.

—Un ratón.

—Frío, frío.

—Una paloma.

—Helado.

La niña, castigada al desván por mancharse la falda, ha encontrado dentro de una sombrerera a Totó, de quien se había olvidado.

Totó era un muñeco que le trajo de Italia su madrina hace lo menos cuatro años. Entonces, la niña llevaba aún coletas, saltaba a la comba durante horas sin cansarse y no importaba si una gota de leche o un churretón de tortilla salpicaba en la blusa.

Totó resultó un mago. Desplazaba por el aire las muñecas sin tocarlas, adivinaba el pensamiento de la niña y sus amigas, actuaba también como confidente. Ella le contaba sus cosas, sus penas, y él le aconsejaba, muy sabio y prudente.

Un día, por un descuido de la niña, Totó se quedó manco. Ella se empeñó en plancharse un camisón de algodón muy arrugado, Totó trataba de disuadirla, sentado al lado de la tabla sobre un taburete, y ella, nerviosa y atolondrada, colocó la plancha hirviendo encima de la mano de Totó, que era de cartón con un hueso de madera, chamuscándose en un momento y evaporándose en una columna de humo oscuro.

Totó, sin su mano izquierda, dejó de ser Totó. Se miraba la manga vacía y se le quitaban las ganas de magias. Callado, los ojos húmedos, no salía apenas de la sombrerera blanca y verde. La niña se llevó un gran disgusto, lamentando durante semanas haber dejado manco a su buen amigo. Procuró animarle y distraerle, improvisando ella sencillos juegos malabares, cantándole preciosas canciones tristes, preguntando, en la juguetería Pabú, si

no componían manos para muñecos italianos; fue una lástima; le ofrecían una mano de celuloide, que Totó rechazó muy ofendido, cómo iba a ir él por el mundo enseñando unos deditos gordezuelos, de pepona.

Totó no recobraba su buen humor y la niña, a punto de abandonar la infancia, se fue apartando de sus juguetes. Totó, juguete lloroso y mutilado, fue trasladado una mañana al desván, junto con otros trastos. La niña estaba fuera, pasando el verano con su amiga Eva y al volver se encontró que su cuarto ofrecía otro aspecto, más serio, más de mayor, dedicado el estante de cachivaches a albergar los libros de texto y con una lámpara nueva y sencilla, una araña de madera de cuatro brazos que sustituía el barco pirata, ya un poco desvencijado. La verdad es que se acordó de Totó, pero no preguntó por él a su madre que le enseñaba alegremente su nueva habitación y acabó olvidándose del mago italiano manco de la mano izquierda.

Esta tarde, por hacer el ganso, como dictaminó su hermana mayor, con su hermano Guillermo, el pequeño, se echó encima un bote de engrudo líquido, poniéndose perdida la falda nueva. «Quítatela hasta que Celia consiga limpiarla y vete... vete... al desván», le había gritado su hermana mayor, esos días en funciones de madre y muy malhumorada por tener que ocuparse de sus hermanos mientras sus amigos bailaban y merendaban hora tras hora.

La niña, desconcertada con su blusa violeta y su enagua blanca, rebuscando en el desván, tropezó con la sombrerera de Totó. La destapó, despertando al muñeco italiano que, confortado por un sueño que había durado años, era el mismo de antes, listísimo, imprevisible. No parecía importarle su manga vacía, agitando el brazo sin mano muy animado y excitado, feliz.

Después de varios trucos y bromas, Totó propuso a la niña un juego nuevo y mucho más bonito, interesante y emocionante. Totó haría aparecer, en la esquina del desván, un animal y la niña, con los ojos cerrados, tendría que adivinarlo. La niña no lo adivina y mira con picardía a Totó, anunciando, llena de curiosidad:

—Me rindo.

Totó, muy contento, le concede lo que ella desea.

—Puedes mirar, si quieres.

—La niña retira los dedos de la cara, se vuelve a la esquina, descubre el gorila y permanece absorta, embobada, un largo rato. Luego dice:

—Es una preciosidad.

Totó se echa a reír, divertido por el comentario de la niña, capaz aún de responder con la desconcertante espontaneidad que tanta gracia le hacía

cuando era pequeña.

La niña, sin poder quitar los ojos del gorila, pregunta a Totó:

—¿Y habla?

—No, pero yo puedo leer sus pensamientos.

—¿Qué piensa ahora?

—Nada todavía.

—¿No?

—No sabe aún qué pensar.

—Claro.

—Estaba en la jungla, reposando entre las ramas de un árbol gigantesco y, de repente, aparece aquí, en este desván, con nosotros.

—No quiero que sufra.

—Cuando te parezca, le devuelvo a su selva.

—¿Puedes? Espera un poco.

—Voy a probar una cosa.

—¿Qué?

—Un momento, jovencita impaciente, no sé si funcionará.

Totó cierra los ojos y al poco empieza a oírse un fuerte zumbido. La niña se alarma.

—¿Qué es eso?

—Calla, niña.

El zumbido, de un tono grave, parece salir de las chatas narices del gorila. Totó abre los ojos y anuncia, agitando su brazo sin mano:

—Funciona.

—¿El qué?

—Vas a oír, mi pequeña, querida y olvidadiza amiga, los pensamientos de un gorila.

—¿Cómo?

—Silencio.

El zumbido se va convirtiendo en voz, una voz que brota, repetida por el retumbar de un pequeño eco, de la cabeza del gorila. Como si las orejas, la nariz, la boca cerrada del gorila emitieran a la vez un programa radiofónico de ultratumba, que Totó y la niña se disponen a escuchar con suma atención.

Así son los pensamientos del gorila:

«Hacía tiempo que no soñaba. Esto debe de ser un sueño. Por la tarde, cuando el sol empieza a declinar, me amodorro en el primer piso del sicomoro y paso allí varias horas, con la mente en blanco, durmiendo a ratos, perezoso, imprudente, sé que si la siesta es exagerada luego me cuesta conciliar el

sueño. Soy un gorila sin problemas, un gorila que celebrará el año que viene sus bodas de oro, cincuenta años de feliz matrimonio con Marta, mi amada esposa, más activa que yo, más inquieta, ha fundado un orfanato para mandriles que le absorbe muchas horas al día y vuelve a casa, al primer piso del sicomoro, cansada y contenta; ayer mismo me dijo que pensaba, dentro del claro en plena selva donde ha acogido a los huérfanos, habilitar una cueva de pantera que lleva tiempo abandonada para recibir también a otros simios con necesidad de cariño y atención; es verdad que últimamente se ven muchos micos enfermos de sarna rascándose contra los árboles, y no es sano. Cuando vuelve Marta a casa, me pregunta cómo he pasado el día y si estaba sabroso el almuerzo que me había dejado entre unas hojas de helecho gigante, le respondo que bien, sí, muy rico el pastel de coco, delicioso el avestruz al hojaldre, pero que me aburro solo todo el día. Ella, con una sonrisa, me repite siempre lo mismo, que me aburro porque quiero, reprendiéndome cariñosamente y llamándome viejote, pánfilo y egoistón. Reconozco que merezco los tiernos reproches de mi amada esposa, pero no todos servimos para hacer el bien. Yo no he hecho nunca mal a nadie, porque no tengo instintos perversos y también, lo reconozco, por pereza; la maldad, como todo, la bondad incluida, requiere un tiempo y una energía que supera con creces mi apatía. Tampoco puedo quejarme de nuestros hijos, bien situados, instalados confortablemente con sus respectivas familias en zonas de jungla próspera, con alojamientos espaciosos en secuoias y robles, defendiéndose bien en la vida selvática, no siempre fácil, con sus incomodidades, con sus peligros, incluso para un gorila. Hasta Rómulo, el segundo, capturado el pobre por un safari, ha sabido adaptarse, sin duda por su buen carácter; vive en Europa, en el zoo de Hamburgo, instalado en una especie de bosque en miniatura, con árboles y arbustos, una charca, un columpio, un dormitorio con techo, y calefacción; la última vez que escribió, por Navidad, la consabida postal del león bostezando que nos manda todos los años, se quejaba un poco de la comida, mucho cereal y leche aguada, decía, confiando en que se acabara pronto la mala racha. El bueno de Rómulo no consiguió jamás ganarme al dominó».

La niña y Totó escuchan muy interesados los pensamientos del gorila, que continúan.

«Gracias a los sueños, mi vida de gorila mayor, medio jubilado, se anima un poco. Una época soñaba todas las tardes, muchas noches, cosas agradables. Como si repasara, en capítulos distintos, mi vida entera. Los días de mi juventud, como gorila mandón, cabecilla de la tribu, la guerra con los búfalos,

que pretendían expulsarnos de nuestro territorio, la muerte de mis padres, mi boda con Marta, la apacible existencia familiar como gorila burgués, todo iba repitiéndose mientras dormía, con detalle, como si lo reviviera. Me despertaba animado, vigoroso. Luego, sin saber por qué, dejé, prácticamente, de soñar y a las largas horas de vigilia se sucedían ratos de modorra sin imágenes, apagada, como si mi cabeza no tuviera ya nada que recordar, medio hueca. Hoy, qué raro, vuelvo a soñar. Estoy soñando con un cuarto cerrado y una niña con lazo rosa que charla con un muñeco manco medio derrumbado en una sombrerera blanca y verde. Hasta ahora, aunque no me quejo, algo es algo, no me parece una pesadilla interesante».

La niña y Totó se miran. Cada uno adivina lo que se le está ocurriendo al otro. Su antigua amistad, recuperada hoy en el desván, se manifiesta en lo fácil que les resulta entenderse con medias palabras. Es ella la primera en hablar.

—Y si...

—Podría ser.

—Para mejorar su sueño...

—¿Hamburgo?

—¿Serías capaz?

—Nada cuesta intentarlo.

—Adelante.

—¿Te apuntas?

—Y tú, Totó, conmigo.

Totó vuelve a cerrar los ojos. Mientras escuchaba el rumor interior del gorila, le ha venido la idea que en ese momento asomaba también en la cabeza de la niña: emprender todos un viaje a Hamburgo.

—Yo estoy dispuesta —anuncia la niña.

—Calla, por favor —ruega Totó sin abrir los ojos.

Y un segundo después aparecieron los tres en el zoo de Hamburgo, frente al domicilio de Rómulo.

Rómulo, al ver a su padre acercándose por el paseo, se llevó sus dedos largos a sus ojos adormecidos para frotarlos en un gesto clásico de incredulidad.

Totó y la niña se apartan un poco, para mirar desde lejos cómo Rómulo salta y gime cuando su padre, de un brinco, salva la zanja llena de agua, trepa por los barrotes y se cuelga en la extraña selva en miniatura para abrazar a su hijo.

No hay nadie en el Zoo. Los lunes cierran. Desde su jaula, una jirafa observa a Totó y la niña, que se sientan en un banco a esperar, mientras los gorilas hablan de sus cosas.

Totó coloca su única mano en el codo de la niña y dice, pensativo:

—Los dos creerán estar soñando. El padre sueña que va a visitar a su hijo al zoo de Hamburgo y el hijo sueña que su padre se presenta por las buenas el día que está cerrado al público.

La niña mira a Totó y le encuentra viejo, con grandes ojeras que resaltan sus pómulos de listísimo muñeco italiano.

El gorila ya se ha despedido de su hijo, salta de nuevo jaula y zanja y se acerca al banco, donde Totó, con voz cansada, dice:

—Bueno, vámonos.

Pocos instantes después, el gorila abre los ojos, sonriente, en el primer piso del sicomoro. En el desván, la niña besa la frente de Totó, prometiéndole que volverá a verle con frecuencia.

Totó, con un brillo pícaro en sus ojos, le pide a la niña que vuelva a besarle en la nariz fea y en las mejillas de pergamino, sabiendo que, cuando cierre su amiga la tapa de la sombrerera, no volverá a despertar jamás.

La niña coloca con cuidado la sombrerera blanca y verde lejos del tragaluz, en un rincón sombrío del desván.

Le llega la voz, aún malhumorada, de su hermana mayor, que chilla por la escalera.

—Ya tienes limpia la falda. Baja cuando quieras. No me esperéis Guillermo y tú a cenar. Volveré tarde.

La niña desvía los ojos hacia el rincón, ahora vacío, donde había brotado el gorila y, agobiada por una emoción desconocida, abandona el desván, deseando contarle a alguien la tarde de hoy.

Ensimismada, dice en voz alta:

—Sí, pero ¿a quién?



Suelo resbaladizo



El niño se ha caído y no se puede levantar. La cera del suelo y la suela de su zapato forman una pareja fatídica. Hace veinte minutos que resbaló en el primer rellano. Al ponerse en pie la primera vez, patinó de nuevo y volvió a caer. Al alzarse la segunda vez, cada una de sus piernas se deslizó en dirección opuesta y se derrumbó sin dar un paso. De nada le ha servido al niño agarrarse a la barandilla ni apoyarse en la pared. Siempre ha acabado en el suelo encerado del rellano, donde se disponía a pasar el día cuando pidió al rinoceronte que fuera a buscar a su hermano Alberto para que le cogiera en brazos y le sacara de allí.

El rinoceronte apenas ha tardado tres minutos en dar el recado y traer la respuesta.

—Que no.

El niño estaba distraído, mirando una grieta del zócalo. Se volvió al rinoceronte para preguntarle:

—¿No?

—Dice que no.

—¿Por qué?

—Le he encontrado en el cenador, afinando su violín.

—¿Solo?

—Con la muchacha de los tirabuzones.

—¿Renata?

—La muchacha de los tirabuzones leía una partitura y, sin mirarle, le golpeaba en la rodilla, como si marcara un ritmo.

—¿Se lo has dicho?

—Claro.

—¿Qué le has dicho?

—Que no podías levantarte. He exagerado un poco. Que te habías hecho daño en la pierna y que te dolía.

—Empieza a molestarme la pantorrilla.

—Tu hermano Alberto, sin mirarme apenas, me ha soltado un «No» seco y claro. La muchacha de los tirabuzones, sin levantar la vista de la partitura, sin dejar de golpearle rítmicamente la rodilla, ha lanzado una especie de rugido.

—¿De verdad?

—De su garganta de alabastro surgió un ahogado estruendo.

—¿Tos?

—¿Eh?

—Tos, ¿tosía?

—No exactamente. Era algo parecido al alarido de una cañería que recibe de repente un sorbo de agua después de una sed prolongada.

—¿Un estertor?

—Una carcajada.

—No puedo creerlo.

—Me ha parecido ver a tu hermana Angelina junto al seto. ¿Le pido ayuda?

—Prueba a ver.

—Voy.

El rinoceronte regresó al poco, solo. Rogó al niño, frenando en seco su veloz carrera:

—No te desanimes.

—¿No viene Angelina?

—No viene.

—¿Qué te ha respondido?

—No me hagas repetírtelo.

—Me estoy poniendo triste.

—Tu hermana Angelina, con atuendo de jardinera, lleva ya un rato podando el seto. No recordaba yo que me detesta.

—¿A ti?

—No soy una excavadora.

—Cuando los dos erais pequeños, os queríais.

—Sí. Hasta que naciste tú, ella y yo éramos inseparables. Le ha perdido su obsesión por los esquejes.

—¿Sí?

—Los esquejes, los injertos, los arbolitos.

—Tú le ayudabas a remover la tierra.

—Y a plantar tomates, escarbando. Aparte de otras tareas ingratas, como airear el estiércol, empujar carretillas, fijar rosales. Pero me niego a utilizar mi noble cuerno como arado.

—¿Arado?

—Cuando se le ocurrió plantar trigo en el antiguo campo de golf.

—Yo soy su hermano.

—No hará nada de lo que yo le pida.

—¿Se lo has explicado bien?

—«Por mí puede quedarse a vivir en el rellano».

—¿Eso te ha dicho?

—Exactamente.

—Vaya.

El rinoceronte, tímidamente, propuso:

—¿Y Rosa?

El niño, desanimado, descartó, negando con la cabeza, la idea del rinoceronte. Rosa, su otra hermana, dormía durante el día. Sin mucha convicción, pidió al veloz mensajero que convocara a sus padres. El rinoceronte partió como un rayo y tardó media hora en volver, anunciando:

—Tampoco.

El niño pataleó en el suelo encerado.

—Las rabietas nada resuelven.

El niño, calmándose, aseguró:

—No sé si quiero que me cuentes o que no me cuentes.

—Tú verás.

—¿Los has encontrado?

—Tu madre, vestida de amazona, se disponía a dar su paseo a caballo.

—¿A esta hora?

—La doncella me ha dicho que hoy se ha levantado de mal humor y que, sin desayunar, ha acudido a las cuadras. Allí la encuentro, paseándose inquieta mientras Raúl, el mozo, ensilla una yegua negra.

—¿Mimosa?

—Creo que sí.

—Malo.

—La yegua Mimosa no hace honor, desde luego, a su nombre. Antipática, parecía que iba a encabritarse cuando Raúl le sujetaba la cincha.

—Al galope, no la alcanza nadie.

—Tu madre, hosca, empieza preguntándome qué se me ha perdido a mí en la cuadra. Le explico, educadamente, el motivo de mi visita. Yo hubiera asegurado que me escuchaba. Como respuesta, se encarama al caballo y sale, trotando ligera, de la cuadra.

—Con ella hay que insistir.

—Insistí.

—¿La seguiste?

—Salí tras tu madre montada en la yegua, me coloqué junto a ellas, a un trote cada vez más veloz, y volvía a contarle que te habías caído en el primer rellano de la escalera y no acertabas a levantarte. Tampoco esta vez me hizo el menor caso. Espoleó su cabalgadura hasta que la tal Mimosa, en un desenfrenado galope, acabó adelantándose. Los rinocerontes no siempre podemos competir en velocidad con un alazán casi, o sin casi, de carreras.

—¿Te habrá oído?

—Oído, sí; escuchado, no sé, atendido, como ves, no.

—¿Otra discusión?

—Tu padre ha decidido desfogarse.

—El ruido de los disparos no ha llegado hasta aquí.

—Se ha ido casi hasta el lago. He olfateado su rastro entre la maleza. No sé cómo sigue usando esa loción de afeitar.

—¿No se ha encarado al verte el rifle de repetición?

—Esta vez, no. Disparaba con un revólver de cañón corto contra un blanco de cartón medio destrozado, colgado de una rama. Su puntería es asombrosa. Sin dejar de apretar el gatillo, me espeta que no va a servir de nada mi mediación. Según él, tiene perfecto derecho a oler como se le antoje. En un tono amenazador, me recalca que a él jamás se le ha ocurrido meter la nariz en el *boudoir* de quien yo sé. ¿Qué es *boudoir*?

—El gabinete de una dama. Tocador de señora, un mueble con espejo y potingues femeninos, un diván pequeño, un taburete forrado de raso.

—Debía de estar furioso.

—Ya lo creo.

—Sacó otro cargador del bolsillo y empezó a disparar hacia mí. Con las balas silbando a mi alrededor le grité que hoy no le traía un recado de tu madre, su mujer, que su hijo, tú, sufría un apuro y requería su ayuda. Cuando se agotó el nuevo cargador, me dio la espalda, colérico y, sin otra respuesta, desapareció entre los árboles con su elegante batín de seda roja.

—Qué difícil.

—Desde luego.

—Siempre puedo dejarme caer despacio, como una alfombra enrollada, escalón tras escalón, hasta donde estás tú.

—Te mancharías el traje de barniz. Los escalones son altos y antes de llegar aquí recibirías una serie de incómodos golpecitos.

—Eso sí.

—Al volver, me he tropezado con alguien más, y he estado a punto de pedirle ayuda.

—¿El jardinero?

—No.

—¿El chófer? ¿Alguna de las doncellas? ¿La cocinera?

—No hay nadie en la casa. Han bajado todos al pueblo. Una romería.

—Ah, claro, hoy es San Senén, el patrono de la comarca.

—Una mujer.

—¿Qué?

—Aquella mujer, que vino hace dos años a darte clase.

—¿Miss Barbara?

—No sé, una señorita no muy joven, muy guapa, que hablaba con acento.

—Miss Barbara.

—Caminaba junto al bosque, fuera del sendero, como escondiéndose.

—Desapareció de repente un buen día. Desayunamos ella y yo, como cada mañana, en la cocina y, al mediodía, estaba vacío su puesto en el comedor. Mi madre no probó bocado y se levantó antes del postre. Mi padre estaba muy pálido y le temblaba la mano al empuñar la tacita de café.

—Llevaba un gran bolso y un paraguas o sombrilla de color rosa.

—Miss Barbara me enseñó todo el inglés que sé. Se marchó cuando empezamos a leer una poesía muy larga con un título muy raro, «Bajo el bosque de leche», se llamaba. ¿La has saludado?

—Al acercarme, me vio y pareció asustarse. La reconocí, recordaba que conmigo siempre estuvo amable; me pedía perdón porque un tío suyo era cazador de rinocerontes.

—Su abuelo, creo.

—Después de un respingo, se calmó y me saludó agitando los brazos. Yo estaba un poco lejos aún. Al acercarme, apareció la silueta de tu madre a caballo, surgiendo bruscamente del recodo, galopando furiosamente. Se dirigía hacia ella, ¿cómo dices que se llama?

—Miss Barbara.

—Miss Barbara esta vez se asustó de verdad y se escondió precipitadamente en el bosque, antes, me parece a mí, de que la temible

amazona la descubriera.

—¿A qué habrá vuelto?

—Si cruza el bosque por el camino que llaman de Pulgarcito es muy posible que se encuentre con un furibundo caballero, envuelto en un batín rojo, agitando un revólver sin balas.

—Sácame, amigo mío, de aquí.

—Sí.

—¿Cómo hacemos?

—Incorpórate.

—¿Así?

—Ahora, con cuidado, despacio, eso es, sentado, como un bebé que se arrastra, ve bajando los peldaños, así, muy bien, ¿lo ves?, es muy fácil, estupendo, ya casi estás, perfecto, enhorabuena, no ha sido para tanto, súbete a mi grupa, así, vámonos a celebrarlo.

El niño, cabalgando sobre el rinoceronte, salió de la casa a buen paso, camino de la aldea.

Todos los vieron pasar.

Alberto y Renata, que se besaban en el cenador mientras el violín reposaba en la mesa, separaron sus labios un momento cuando cruzó a pocos metros el niño que, sobre la dulce bestia, gritaba de alivio y de alegría después de su angustiosa mañana en el rellano de la escalera.

Angelina, de hinojos sobre unos bulbos manchados de tierra, dedicó al extraño centauro una mirada indiferente.

Rosa, la hermana que dormía, siguió durmiendo.

La madre, que estuvo a punto de reventar a la yegua Mimosa con su frenético galope, hubiera enloquecido de rabia si llega a sospechar el reencuentro entre el padre, su marido, y Miss Barbara en el claro del bosque.

La señorita inglesa, que cedió al impulso de merodear por los alrededores de la mansión de donde había sido expulsada por abrazar al señor en el momento en que apareció la señora, acariciaba la vaga esperanza de ver de lejos a su enamorado cuando, huyendo de la esposa feroz a caballo, se topó con una figura envuelta en un batín rojo, que contemplaba, entre los árboles, la

imagen de un rinoceronte acudiendo con un niño encima a
la romería de San Senén,
patrón de la
comarca.



Luisa no está



a niña del baño se llama Ana.

La muchacha que cruza en camión se llama Ana.

La niña del baño y la muchacha que cruza en camión son la misma Ana.

El baño está tibio.

La cama húmeda.

Ana, la niña, no sale del baño hasta que el agua se enfría y se le pone la carne de gallina.

Ana, la muchacha, mantiene la costumbre de levantarse indignada en plena noche.

Ana, la niña, retrasa el momento de acostarse.

Luisa ya no está.

Ana, la niña, duerme con Luisa.

Ana, la muchacha, se despierta empapada a medianoche y antes del amanecer.

Ana, la niña, besa a su hermana Luisa al entrar cada noche en las sábanas limpias y Luisa cada noche le repite que lleva sin beber una gota desde las seis de la tarde.

Luisa ya no está y Ana, la muchacha, continúa despertándose dos veces durante la noche, seca y sola, echando de menos la catástrofe.

Ana, la niña, no entiende por qué su hermana Luisa se hace pipí en la cama a los siete años.

Ana, la muchacha, no entiende por qué su hermana Luisa se hace pipí en la cama a los doce años.

Ana, la niña, adora a su hermana Luisa y como no puede soportar lo que entre ellas llaman la catástrofe, prefiere quedarse en el baño un rato largo para no discutir.

La madre de Ana propone a su hija Luisa, que tiene buen carácter, que duerma sola en otro cuarto, pero Ana, la niña, que no puede soportar la catástrofe y se queda en el baño hasta que el agua se enfría, dice que ni hablar, que no va a separarse de su hermana que se hace pipí en la cama a los siete años, y Ana, la muchacha, cuando la madre vuelve a proponer que Luisa duerma sola en otro cuarto, dice que ni hablar, que no va a separarse de su hermana que se hace pipí en la cama a los doce años, aunque ella siga levantándose cada noche mojada e indignada.

Ana, la muchacha, ahora que Luisa no está, al levantarse cada noche, seca y sola, a beber un vaso de agua a la cocina, se acuerda con pena de cuando era niña y prolongaba el baño para no enfadarse con Luisa, mientras se preguntaba, en la bañera tibia, en la bañera fría, en la bañera helada, hasta cuándo duraría la catástrofe.

Luisa, poco después de cumplir trece años, se convirtió en lechuza.

La catástrofe llevaba una semana entera sin producirse.

Luisa confesó a Ana, la muchacha, que se sentía rara.

Ana, la muchacha, le comentó, riendo, que ella también casi echaba de menos la catástrofe.

Luisa anunció a Ana que se acordaría siempre mucho de ella.

Ana reveló a Luisa que, de niña, tardaba en acostarse para no regañarla y, ahora que no le quedaba mucho tiempo de muchacha, quería decirle que se levantaba a menudo indignada, empapada, a beber agua.

Luisa insistió en que comprendía muy bien a las dos.

A Ana, la niña, con su carne de gallina en el baño gélido.

A Ana, la muchacha, con su camisón furioso camino de la cocina.

De repente, Luisa se estaba peinando una mañana, se le cayó el cepillo, los dedos eran plumas, alas los brazos, y se vio lechuza en el espejo.

Ana, la niña, quizá hubiera aceptado que Luisa se convirtiera en lechuza como una consecuencia de la catástrofe: si su hermana seguía haciéndose cada noche pipí en la cama a los ocho años, nada tenía de raro que acabara transformándose en lechuza.

Ana, la muchacha, jamás se enteró.

Ana, la muchacha, había pasado unos días fuera y, al volver, su madre, que conocía la verdad, le explicó que Luisa se había puesto mala y habían tenido que llevársela precipitadamente a una clínica del extranjero, suponiendo la madre, con razón, que si contaba a Ana la verdad, que Luisa se había convertido de pronto en lechuza, Ana pensaría que su madre se había vuelto loca de repente.

Ana, la muchacha, sigue levantándose, seca y sola, en plena noche y acude apenada, añorando su furia, a beber en camisón un vaso de agua a la cocina.

Luisa, lechuza, ha llamado Luisa a su hija, pequeña lechuza, que acompaña a su madre al atardecer, muy soñolienta, sin comprender lo que su madre, Luisa, lechuza, pretende de ella.

Luisa, lechuza, se dirige a su hija con un diminutivo cariñoso, Luisita.

Luisita no conoce el significado de la palabra pipí, no entiende bien para qué sirve un baño existiendo charcos y charcas, no sabe por qué hay que dormir en camisón.

Luisita se calla, desconcertada, deseando volver cuanto antes a su acogedora rama, cuando su madre,

Luisa, lechuza, le señala a la niña del baño
y a la muchacha del camisón,
jurándole y perjurándole
que son sus tías.



Hipopótamo



hipopótamo, sé que me escuchas.

Mi gestión ha sido, a la vez, un éxito y un fracaso.

He hablado con papá, con mamá y con mi hermana casada.

Mi hermano pequeño, Antonio, el más razonable, ha prometido venir a vernos con frecuencia.

Espero que el barro sea suficiente, que te baste el lodo. Lo que nos conceden no es la laguna, ni siquiera una de las charcas de la zona sur. Debemos contentarnos con las caballerizas. Después de apilar los trastos, de despejar los papeles, las basuras, a mí me parece que me va a quedar un estudio amplio, con bastante luz, para escribir, para dibujar, un dormitorio ventilado, una cocina con pila y hornillo, un cuarto de baño minúsculo. Tú podrás disponer de la planta baja. Las cuadras conservan sus abrevaderos para chapotear, me han asegurado que el agua llega allí con abundancia.

Papá, amigo hipopótamo, se ha quedado muy triste después de nuestra charla. Resulta que le he decepcionado.

Papá ha iniciado la conversación con un gesto tolerante, magnánimo, asegurando que me perdonaba. Yo le he mirado sin comprender. Me perdonaba mis rarezas, mis caprichos, siempre que le prometiera que habían terminado. Según él, la infancia no debe prolongarse eternamente. Él confiaba en que comprendiera que ciertas compañías, excelentes y divertidas para un niño, no eran convenientes ni provechosas para una persona mayor. Y yo, en opinión de papá, ya he dejado de ser un niño para convertirme, dentro de poco, en una persona mayor. He defraudado su optimismo y te aseguro que lo lamento.

Papá, amigo hipopótamo, te ha llamado manía intolerable. Después de explicarle, con buenas palabras, que me hacía cargo de su criterio, que sí, que no debía preocuparse, que estudiaría lo que él considerara preferible que estudiara para dirigir un día su empresa de un modo competente, que no había

motivo para pensar que yo era un muchacho irresponsable, un crío mimado incapaz de aceptar mis deberes familiares, me interesaba tranquilizarle, por mi parte haría lo imposible para mantener muy alto nuestro apellido.

No nos hemos puesto de acuerdo, amigo hipopótamo, sobre tu papel en la nueva etapa, mi madurez, que va a iniciarse, por lo visto, en seguida. Le he confesado a papá lo que me parece que ya debería saber. Que tú no eres un juguete, ni una mascota, ni mucho menos un amuleto. Tú eres, amigo hipopótamo, mi amigo, y no te voy a abandonar por las buenas, sin más. Al oír esto, papá se ha puesto pálido y ha sido entonces cuando te ha llamado, antes de salir dando un portazo dejándome solo en su despacho, manía intolerable.

Mamá, que es, como sabes, amigo hipopótamo, una mujer sensata y equilibrada, cariñosa y poco partidaria de sacar las cosas de quicio, se ha presentado muy nerviosa en mi cuarto, pidiéndome, casi gritando, cordura.

Cordura es, no sé si lo sabes, amigo hipopótamo, lo contrario de locura. Mamá, con una voz aguda, estridente, que no le conocía, me ha exigido que recapacite. Prometiéndome que cuidarían de ti, me ordenaba que me separara de ti para siempre. No conseguí calmarla. No se sentó. Un abogado, repetía, no alberga en su bufete a un hipopótamo. Un hipopótamo, se refería naturalmente a ti, es incompatible con el empresario serio, con el economista experto en estadística, con, llegó a decir mamá, el hombre de bien. No razonaba. No me dio ocasión para exponerle nuestro proyecto, te acuerdas, esa idea de vivir juntos en pleno bosque, habilitando la cabaña del leñador; tú dispondrías del riachuelo; yo, bajando en diez minutos el repecho de los castaños, tomaría junto al puente el autobús a la ciudad. Mamá se cerró en banda. Salió de mi cuarto sin despedirse, haciéndome lamentar, por un momento, amigo hipopótamo, la tarde aquélla en que, siendo los dos muy niños, te acercaron en un barreño con agua a mi cama de convaleciente. Ahora, fíjate, estás provocando, sin pretenderlo, la discordia. Entonces fuiste la causa de mi mejoría. Qué pronto saliste del barreño. Yo pedía a la enfermera un vaso de agua con limón para beber yo y una jarra de agua sin limón para derramártela por encima. Cambiaron la alfombrilla de rafia por otra de goma, donde tú dormías.

Mi hermana casada, que pasa una temporada con nosotros, me manda recado a través de la doncella, de que quiere verme y me espera en su habitación. Acudo inmediatamente y me la encuentro con los ojos inundados en lágrimas.

Mi hermana casada, Berta, me ha querido, creo, siempre mucho. Y yo a ella. Su marido es un hombre algo mayor, bromista, lleva meses fuera del país. Quizá él, John se llama, hubiera podido echarme una mano en este asunto. Mis padres le escuchan. Berta se abraza a mí, confesándome que ha fracasado. Ha intentado mediar, que significa, amigo hipopótamo, interceder, o abogar, hablar en mi favor, en nuestro favor, inútilmente, por lo visto. Sólo ha conseguido lo que te contaba, las caballerizas, que nosotros mismos, tú y yo, debemos acondicionar, limpiar y ventilar, preparar los charcos para ti, colocar cristales nuevos para que no me hiele yo a partir de noviembre.

No lo había pensado, pero dice mi hermana casada que vamos a llevar, amigo hipopótamo, una vida de esclavos, aislada e incómoda, con pocas visitas, en un paraje, la zona sur, apartado, desgajado de la casa, y del pueblo, por la nueva carretera, que, al dividir la finca en dos partes desiguales, ha separado de un tajo las caballerizas del resto del jardín.

Mañana mismo debemos mudarnos al nuevo domicilio.

Amigo hipopótamo, estoy empezando a ponerme triste.

Conozco tu torpeza para el consuelo. Con tu pobre lenguaje, entre la palabra y el gruñido, tardé meses en descifrar el ronquido que emitían tus fauces, no sabía si me decías «bien, bien, muy bien» o sufrías un fuerte ataque de hipo. Eres un estupendo compañero. Tardas en cansarte. Tus defectos nunca me han molestado. Soporto bien tu pereza, que se acentúa con los años. La indiferencia que demuestras ante todo lo que te rodea me parece simpática, tranquilizadora. A veces siento, eso sí, que no me escuchas.

Te encuentro un hipopótamo fiable, abnegado, impertérrito, con un carácter tan poco sometido a cambios que bien puede considerarse fijo. Un carácter fijo, como el trazo continuo de una línea que nunca tiembla ni se desvía, tiene sus ventajas (solidez, inmovilidad, confianza) y sus inconvenientes. A ti, hipopótamo, es difícilísimo explicarte nada medianamente complicado, en cuanto te sacan de la temperatura del agua, de la textura del barro y de las siestas de cinco horas, desconectas, entornas tus párpados de piel de plata y ahí te las den todas. Reconocerás que como confidente, como amigo al que se le puede contar cualquier cosa y lo entiende, como conocedor del alma humana, dejas bastante que desear.

Sabes que no puedes dudar de mi amistad, merezco tu aprecio. Tampoco te oculto, siempre hemos sido sinceros el uno con el otro, que, a medida que hablo, te cuento, recapacito y se acerca el momento de cruzar con mil precauciones la nueva carretera para instalarme contigo en las caballerizas, me va invadiendo el desánimo. Quizá tú seas capaz de responder a esta

pregunta: ¿por qué tengo yo que dedicar mi vida a cuidar eternamente a un hipopótamo?

Vuelvo a pensar en Laura. Cuando te confesé que despertaba en mí una cálida ternura ni te inmutaste. Sería excesivo e injusto pretender convertirte en asesor sentimental. Un hipopótamo no es la señorita Corazones Solitarios. De acuerdo. Concedido. De ahí a darse la vuelta, como hiciste, sin mirarme siquiera, para ir a meter la cabeza en la pila, hay un abismo. Ni tanto ni tan calvo. A veces eres un egoísta redomado. ¿Qué va a decir Laura cuando desaparezcamos?

Me queda, como quizá recuerdes, un año de colegio. Este último curso no me importa ir a clase en bicicleta, aunque desde la zona sur el camino es cuesta arriba. ¿Y luego? Me atrae, como sabes, el dibujo, la literatura, pero también comprendo que no tengo derecho a interrumpir la tradición familiar. ¿Qué vas a hacer, hipopótamo, cuando vaya a la universidad? ¡No se te ocurrirá pedirme que renuncie a la posición social que me corresponde, que traicione el apellido que los Matesanz llevamos con orgullo desde la toma de Granada hasta hoy, que me quede soltero por hacer compañía a un hipopótamo! Los hipopótamos sois unos bichos fáciles y modestos; es verdad que vuestro cerebro es limitado y escasa vuestra conversación, pero tampoco exigís excesivos desvelos. Compréndeme, amigo, ¿puedo seguir llamándote así?, veo claramente que hay que buscar un común acuerdo, una solución. Prometo visitarte a menudo. Laura, aunque por lo visto prefiere los cocodrilos y encuentra algo estúpidos a los hipopótamos, me ha asegurado que le caes bien y que si te gusta la escarola, ella misma te llevará, cuando vayamos a verte, grandes ramos de escarola, apio, espárragos y juncos verdes, tus bocados preferidos.

¿Hay alguien ahí?

Ah, eres tú, Antonio, pasa, pasa, acércate.

¿Llevas mucho rato en ese rincón? No seas tímido, hermano. Sé que te gusta mi amigo. Me has dicho muchas veces que querías ser amigo de mi amigo, pues, mira por dónde, aquí lo tienes, a tu disposición, te lo regalo Para ti el hipopótamo.

De nada, hombre, de nada.

Antonio, adelante, ven a sentarte aquí, te dejo el sitio. ¿Has visto a Laura, sí, la rubita, por ahí? ¿En el porche? Voy para allá.

Adiós, hipopótamo, sé que escucharás a Antonio como me has escuchado a mí, a tu modo particular; os vais a llevar de maravilla.

Hasta luego, Antonio. Esta noche, ya lo verás, va a haber en la cena un postre especial. Papá, mamá y Berta brindarán con champán por el retorno del hijo pródigo, yo.

Qué bien me siento. Me apetece silbar. Fiu, fiu, fiu. ¡Laura, Laura!

¡Soy yo! ¿Quién? ¿El hipopótamo?

Déjate de hipopótamos
y dame un beso.